

Irene
Villa

lo que de verdad importa...

«saber que se puede. Y sonreír;
es el mejor regalo que se puede hacer».



Irene Villa:

Psicóloga, periodista y autora de los libros *Saber que se puede* y *SOS Víctimas del terrorismo* donde narra su experiencia tras sufrir un atentado.



Irene y su sonrisa. Irene y su naturalidad. Irene y su cercana simpatía. Irene y su historia: «Es cierto que las desgracias no se eligen; pero lo que sí se elige es cómo afrontarlas y cómo afrontar la vida». Irene lo sabe bien, cuando solo tenía 12 años una bomba le voló las piernas y parte de las manos. Ella eligió vivir, eligió sonreír, eligió ser feliz. Eligió, sobre todo, no ser víctima y afrontar su tragedia con entereza y optimismo, como una oportunidad de hacer muchas otras cosas. Y de ver la vida de un color bien distinto al rojo sangre con que se la habían pintado los terroristas.

«Hay una frase que me encanta: si no te gusta lo que ves, cambia la forma de verlo. Se dice fácil, y me gustaría que lo llevaseis a la práctica porque realmente ayuda.» Irene, siguiendo esta máxima, ha optado por ver felicidad donde otros ven desgracia; por ver compasión donde otros ven odio. Hasta el punto de unirle una sincera amistad con alguien que fue terrorista y hoy vive arrepentido (Shane O'Doherty). Tal vez sea porque Irene, en griego, significa «paz»

y, como ella reconoce, es precisamente la paz («la paz interior, que es la fundamental»), los derechos humanos y el entendimiento lo que han marcado su vida.

Aunque la verdadera fuerza de Irene, la clave esencial de su vida, es su voluntad. «Saber que se puede, eso es lo que de verdad importa. Saber que se puede superar cualquier dificultad. Hay dos premisas: saber que no hay nada imposible y que eres tú quien tiene que ser capaz de superar la realidad. Es cierto que tienes personas a tu alrededor que te ayudan y te apoyan, pero hasta que tú no reaccionas, toda ayuda es en vano.» Por eso, después de estudiar comunicación audiovisual y conseguir su primer trabajo en RNE siguió estudiando, humanidades, «porque amo al ser humano, todas esas cosas que tenemos en común en cualquier parte, frente a las que nos separan», y psicología, «porque creo que la capacidad de superarte, de ser inquebrantable ante las desgracias, es importantísimo»; tan importante

como el optimismo. Irene es de esas personas que piensa que el optimista no nace, se hace. «El optimismo hay que trabajarlo. Uno necesita entrenarlo, practicarlo y creérselo. Por eso para mí han sido clave la constancia y la voluntad; si tienes esas cualidades no hay nada que te pueda parar, te pase lo que te pase.» Y no solo para estudiar tres difíciles carreras, también para superar un hecho tan dramático y doloroso como el que ocurrió hace ya veinte años...

Madrid, octubre de 1991. La escena es dantesca, sangrienta, durísima. El escenario que queda tras una explosión es siempre impactante, pero esta vez lo fue mucho más. Se ve dolor. Horror. Rostros ensangrentados. Un amasijo de hierros retorcidos y humeantes que solo unos minutos antes era el coche en el que María Jesús González llevaba a su hija Irene al colegio. Una bomba de ETA paró en seco su camino. Y casi –casi– sus vidas. Tendida sobre el asfalto, Irene no sabe qué ha ocurrido; tampoco sabe, aún, que sus dos piernas han volado con el coche; ni que su madre, a unos metros de insalvable distancia, ha perdido una pierna y un brazo y se encuentra en estado grave. Irene tenía solo 12 años y descubrió en carne propia cómo, en un instante, puede cambiar tu vida de la forma más dramática.

Aquella mañana ETA hizo explotar tres bombas. Una dejó a un comandante sin las dos

piernas. Otra, que fue la que oyeron las hermanas Villa y su madre mientras desayunaban en casa, dejó cuatro hijos huérfanos sin haber cumplido el mayor los 6 años. La tercera, a los pocos minutos, hizo saltar el coche de Irene por los aires. «La verdad es que fue horrible. Estas imágenes –la niña tendida en el suelo, con he-

ridas en el rostro y las piernas amputadas de cuajo; su madre intentando levantarse, sobre un charco de sangre, sin brazo ni pierna– dieron la vuelta al mundo. Son imágenes muy duras, pero a mí no me importa que se vean porque esta es la mejor forma de denunciar la violencia».

Las ambulancias volaron hacia la calle donde estaban Irene y su madre. «¡A por la madre, a por la madre, que la niña está muerta!», gritaban. Se llevaron a mi madre, que intentaba levantarse buscándome, y la ingresaron en el 12 de Octubre. Y a mí, bueno, me cogieron a ver qué pasa-

ba. En la UVI móvil no respondía al *electroshock* y me llevaron al hospital Gómez Ulla. Allí llegó corriendo mi padre y, mientras me veía hecha un amasijo de huesos y carne, el médico le dijo: “Lo siento, su hija ha perdido las piernas, tiene las manos destrozadas, sin dedos; tiene también la cara magullada. Necesitamos su permiso para sacarla adelante”. ¿Y sabéis lo que respondió mi padre? “Déjela morir. No quiero una vida así para mi hija, una vida desgracia-

«Mamá, ya me lo he pensado. He nacido sin piernas. A partir de ahora, si me caigo me levanto, no tengo que lamentarme por la situación que me han creado, sino que voy a salir adelante y soy yo la única responsable de mi vida, no hay culpables.»



da; no quiero que se lamente de estar viva.” Mi padre prefirió para mí esa paz eterna en la que nunca me lamentaría por no poder jugar el partido de baloncesto que iba a jugar aquel jueves de octubre.»

El médico, afortunadamente, no hizo caso. Dos equipos de cirujanos se volcaron con todas sus fuerzas para salvar la vida de Irene, lo mismo que multitud de ciudadanos anónimos de toda España, que donaron su sangre para que esa niña a la que no conocían tuviera la oportunidad de vivir.

Su madre había perdido el brazo y la pierna derechos. Pero estaba consciente en el hospital. Su única preocupación –su desesperación– era saber dónde se encontraba su hija, si estaba bien... si estaba viva. A ambas las unía un

vínculo muy especial, muy fuerte («éramos una piña»). Por fin, al tercer día, madre e hija supieron que las dos estaban vivas, cada una en un hospital. Gracias a unas cámaras de televisión en sendas habitaciones pudieron verse y darse la energía y el amor que necesitaban. La escena, que vio toda España, fue tan sobrecogedora como emocionante:

—Hola, mi niña. Hola cariño, ¡pero si estás guapísima!

—Tú también. ¿Qué tal estás?

—Muy bien cariño. Tenía unas ganas de verte que me muero. ¡Te quiero muchísimo!

—Yo también te quiero muchísimo.

—Tengo ganas de abrazarte, besarte...

La madre de Irene, con una cara de felicidad absoluta, desbordante. Y tapando con la

sábana su brazo derecho amputado; tratando de aparentar la tranquilidad que su hija necesitaba. Y la niña tratando de animar a su madre quitando importancia a sus heridas, ocultando igualmente sus manos vendadas:

—Se me han curado las heridas un poco.

—A mí también. Ya nos queda poquito. Verás como nos vemos prontito, ¿vale?

—Te quiero.

—Yo también te quiero muchísimo.

«Y con esa fuerza increíble que traspasa la pantalla a mí me llegaron esas alas que le crecieron a mi madre para volar hasta la cama de mi hospital y decirme que íbamos a salir adelante. Fue clave. El apoyo de la familia, pero sobre todo el cariño de mi madre, que no perdió la sonrisa.» A María Jesús le dijeron que hasta que no caminara no podía ir a ver a Irene. «¡Dame una pata de palo que yo me la pongo de cualquier forma!» No hizo falta, bastó el deseo de poder abrazar a su niña para batir el récord de recuperación de una persona amputada. «Fue algo mágico, como todo lo que ella hace en la vida. En menos de un mes ya estaba andando con su pierna y sin muletas (no tenía un brazo) y vino al hospital. Ahí, sentada sobre mi cama, me dijo: “Irene, tenemos dos opciones: vivir amargadas sufriendo y maldiciendo a los terroristas —a lo que tenemos todo el derecho del mundo— o decidir que tu vida empieza hoy, que vas a luchar por ella con alegría y con optimismo”. Yo lo tenía clarísimo. Le dije: “Mamá, ya me lo he pensado. He nacido sin piernas. A partir de ahora, si me caigo me levanto, no tengo que lamentarme por la situación que me han creado, sino que voy a salir adelante y soy yo la única responsable de mi vida, no hay culpables”



(si te pasas la vida buscando culpables estás condenado a la tristeza, a la autocompasión).» Irene Villa tenía solo 12 años cuando sufrió un atentado que la dejó sin piernas; solo 12 años cuando decidió, en una muestra de valiente madurez, que eso no iba a afectar a su vida.

Esa niña aprendió a vivir sin piernas a base de tesón, perseverancia y cariño. El cariño y la dedicación de los médicos y terapeutas y el cariño sin fisuras de sus profesores y compañeras: «lo más importante para mí fue un colegio maravilloso y unos campamentos donde aprendimos convivencia, independencia y unos valores que han sido clave en mi vida, como el deporte». Irene y el deporte. El gusto por el riesgo, por la aventura, ese espíritu inquieto que la empuja constantemente a aprender, a mejorar, a progresar ha sido otra de las claves para superar cualquier obstáculo.

Durante esos días la acompañaba su padre, cuya visión de la realidad era bastante más negativa que la de Irene y su madre. Ella, a veces, se dejaba contagiar y asaltaba a su padre con preguntas de niña, en las que dejaba entrever sus miedos: «Papá, ¿y ahora quién va a querer

casarse conmigo?». Decidió centrarse en aprobar el curso y no preocuparse por algo que no tenía marcha atrás. La sociedad entera se volcó con ella y con su madre. Se vio desbordada por un torbellino de premios y homenajes que no comprendía («Pero ¿por qué me dan un premio? ¡Si yo no he hecho nada!»). Pronto entendió que, en realidad, lo que premiaban no era su heroísmo, sino su luminosa sonrisa. «El hecho de sonreír es algo clave en la vida y digno de premios. Sonreír en los peores momentos es importantísimo, para ti y para los demás.

Hay que sonreír. La sonrisa es algo que está en tu mano y nadie te lo puede arrebatar.»

Sin embargo, la fuerza de Irene seguía estando en su interior. Lo descubrió cuando abandonó el hospital («allí estuve muy mimada») y regresó a su casa. Ese día entró de lleno

en la cruda realidad. Las escaleras, la primera visión ante el espejo de su cuerpo amputado («¡Esta no puedo ser yo! ¿Voy a estar así toda mi vida?»), la certeza de que ya nunca volvería a ser la misma y de que, sin médicos ni enfermeras, su vida ahora dependía de sí misma. «El día que aceptas que eres lo que eres y empiezas a quererte, con tus virtudes y defectos, con tu discapacidad y tu potencial, es cuando empiezas a florecer y a conseguir las cosas, las que puedas. Hay una frase clave que he tenido que utilizar muchas veces, ante muchas barreras, a lo largo de mi vida: mira al frente, ten valor y jamás te rindas. Funciona.»

«También funciona saber que se puede ser feliz en cualquier circunstancia. Que la felicidad

no depende de lo que tengas, sino de tu actitud, de la energía que pongas, de tu voluntad. Y una vez más, sin perder la sonrisa; se hace todo más fácil.» Para Irene, lamentarte por lo que has perdido no tiene sentido, porque no va a volver. El mundo es como cada cual lo quiera ver; puedes ver terrorismo, violencia, dolor, inseguridad... o puedes ver lo bueno que tienes a tu alrededor. Puedes elegir quejarte de tu mala suerte o decidir que tu discapacidad no te impide pensar que este mundo puede ser maravilloso. «La queja es una discapacidad mayor que no tener piernas.»

Tal vez Irene no tuviera piernas de carne y hueso. Pero tenía algo más importante: tenía amor, tenía esperanza, tenía optimismo. Y, además, tenía coraje. Mucho coraje. La rehabilitación fue larga, dura y dolorosa. Ponerse en pie y caminar con las prótesis

fue un logro importantísimo, épico, después de un intenso entrenamiento. Paso a paso, hora tras hora, primero con dos muletas, luego con una y finalmente sin muletas. Siempre con el inconmensurable ánimo de su madre, su mejor muleta. Una lucha de autoexigencia que no ha cesado en veinte años, buscando nuevos retos, nuevos logros, nuevas experiencias más allá de sus supuestas limitaciones.

Irene Villa sabe que se puede. Lo ha hecho, lo sigue haciendo. Pero no todo el mundo confía tanto en sí mismo. Por eso escribió el libro *Saber que se puede*, «para que la gente que se queda en su casa, lamentándose, sepa que se puede». Y, de paso, para que la gente que vive de ponerte límites se dé cuenta de que los únicos

«La única barrera es el “no puedo”. Si tú mismo te pones la barrera mental, entonces apaga y vámonos.»

límites son los que cada uno tiene en su cabeza. Esos, en la cabeza de Irene, escasean bastante. «Lo que no te mata, te fortalece. Gracias a esos *noes* y *prohibidos* he conseguido hacer cosas que no había imaginado, que ni siquiera me había propuesto hacer.» Parapente, por ejemplo. O buceo. O piragüismo por el Sella. O motonieve en Laponia. O un viaje en rompehielos por el mar Báltico, baño gélido incluido (solo tuvieron que insinuar que ella no...).

La solución es ver más posibilidades que limitaciones (propias o impuestas). «La única barrera es el *no puedo*. Si tú mismo te pones la barrera mental, entonces apaga y vámonos. Y luego está la sonrisa. Si no sonríes, pues menudo rollo la vida, ¿no? ¿Os habéis dado cuenta de cómo cambia vuestra vida el día que sonreís y el que estáis serios? Conocéis a más gente, os suceden más cosas buenas y vuestro día se hace más fácil.» Y lo mejor de todo es que esa alegría es contagiosa, se transmite con gran facilidad. Especialmente si quien está cerca es Irene Villa; entonces el contagio es automático e instantáneo. «Y, además, sonreír es gratis. Es el mejor regalo que se puede hacer. Yo siempre prefiero menos regalos y más sonrisas.» Es, sobre todo, un valor imprescindible en la escala de Irene.

Para llegar donde ha llegado, para hacer todo lo que ha hecho, Irene no piensa en el pasado ni se pone excusas. Y siempre trata de sacar una lección de cada situación: «Todo sucede por algo. El dolor y el sufrimiento sirven incluso más que la victoria y el éxito. Tras una di-

ficultad siempre hay algo que aprender». Al final, se trata de alcanzar la felicidad duradera. «Hay claves para conseguirla, lo que yo llamo las 3A: amistad, amor y actividad. Mantener la ilusión. Y mantener siempre el pensamiento positivo. A mí siempre me han definido como víctima de ETA, pero yo no me considero así. Prefiero que me vean como comunicadora, o esquiadora, o deportista o humanista.» O luchadora. Cualquiera de ellas es más Irene, desde luego.

Cada día en la vida de Irene es una pequeña lucha. O una gran lucha. La última operación fue especialmente larga y dolorosa («otra vez suplicio, otra vez llorar, otra vez mi madre, ahí»), pero gracias a ella y a la nueva prótesis ahora puede hasta cruzar las piernas. También el deporte, su pasión desde antes del atentado, ha sido clave en su vida; no solo por su permanente espíritu de superación,

también por la felicidad que le ha supuesto y las personas que ha conocido (entre ellas, su marido, Juan Pablo). Buceo, ciclismo, parapente, piragüismo, esgrima en silla de ruedas y, especialmente, esquí adaptado, deporte en el que ha competido en todo el mundo con la selección española, y con el que ha conseguido no pocos oros. Aunque, para Irene, ni el oro ni el triunfo es lo que de verdad importa: «Está muy bien ganar, pero lo que importa son las horas de entrenamiento, de trabajo. El esfuerzo».

El pasado año fue para Irene especialmente importante por otro proyecto conseguido. Aquella pregunta de niña en el hospital («Papá, ¿quién va a querer casarse conmigo?») tuvo

«Lo que de verdad importa no está en el exterior, ni en lo material, sino dentro de cada uno de nosotros.»



su respuesta en la Fundación También, donde conoció a un chico deportista y argentino, Juan Pablo, que conquistó a Irene con ambas cualidades. El año pasado se casaron y hace apenas un par de meses nació su primer hijo, Carlos. «Después de tantos éxitos y tanta vida ha sido el momento más mágico de mi vida.» Ha sido, desde luego, un triunfo de la vida y de la alegría frente al dolor, frente al terror, frente a la dificultad extrema. Una demostración ejemplar de que se puede cambiar la realidad impuesta, desde fuera (deporte, dedicación, estudios) pero sobre todo desde dentro, con un interior fuerte, «porque las preocupaciones, las barreras, la ad-

versidad, el miedo se combate con amor, con esperanza y con optimismo».

Han pasado veinte años, pero la lucha no acaba nunca. Ahora, con su familia, llegarán nuevos retos y dificultades. Pero Irene los superará con nota, y con esa sonrisa perenne y contagiosa que es su mayor fuente de energía. «La meta no es llegar, sino andar este camino productivo comprometiendo, queriendo, creciendo, ayudando, perseverando, siguiendo tu corazón con pasión e integridad. Porque lo que de verdad importa no está en el exterior, ni en lo material, sino dentro de cada uno de nosotros.» Lo que hay en su interior, desde luego, es oro puro.

¿Qué tienen en común un ex terrorista, un esquiador con discapacidad, un rapero de barrio y un abogado?

¿Qué puede unir a un secuestrado con un entrenador de tenis, un pedagogo y un emprendedor tecnológico?

Fácil. Lo que les une es lo que de verdad importa en la vida.

Albert Espinosa

Escritor y guionista cuya historia personal está reflejada en su película Planta 4ª y la serie Pulseras Rojas.

Lo que de verdad importa... **«es creer en los sueños; si crees en los sueños, ellos se crearán».**

Bernard Offen

Superviviente del Holocausto judío.

Lo que de verdad importa... **«hay que valorar a las personas, a los seres humanos; solo así evitaremos que la historia se repita de nuevo».**

Bertín Osborne

Conocido cantante que tras el nacimiento de su hijo cambia su escala de valores.

Lo que de verdad importa... **«mi hijo Kike, una persona muy especial que es quien me ha enseñado lo que de verdad es importante».**

Bosco G. Cortina

Arquitecto mexicano secuestrado nueve meses en un zulo de tres metros cuadrados.

Lo que de verdad importa... **«mi familia, mi fe, vivir la vida intensamente y sin miedo».**

Haze

Nace en un barrio marginal y cambia el rumbo de su vida gracias a la música.

Lo que de verdad importa... **«tener cerca a la gente que te quiere; y a alguien que te apoye cuando lo estás pasando mal».**

Irene Villa

Psicóloga, periodista y autora de los libros *Saber que se puede* y *SOS Víctimas del terrorismo* donde narra su experiencia tras sufrir un atentado.

Lo que de verdad importa... **«saber que se puede. Y sonreír; es el mejor regalo que se puede hacer».**

Jaume Sanlloriente

Dejó su acomodada vida en Barcelona para fundar la ONG «Sonrisas de Bombay».

Lo que de verdad importa... **«entregarnos a los demás, irnos a la cama cada noche pensando ¿a quién he alegrado el día hoy?».**

Jorge Font

Deportista con discapacidad ocho veces campeón del mundo de esquí acuático.

Lo que de verdad importa... **«poder servir de inspiración a los demás; y sincronizar mi corazón con aquellos a los que quiero».**

Kyle Magnard

Nació sin brazos ni piernas pero es campeón de lucha libre y ha escalado el Kilimanjaro.

Lo que de verdad importa... **«no rendirte ante las dificultades, no ponerte excusas, sino confiar en tu corazón y perseguir tus sueños».**

Marimar García

Ejemplo viviente de optimismo, superación y amor a la vida.

Lo que de verdad importa... **«ayudar a los demás, dar tu amor y dejarte ayudar. Y mantener la sonrisa, pase lo que pase».**

Miriam Fernández

Su lesión cerebral no le ha impedido cumplir sus sueños. Su familia ha sido una pieza clave en ello.

Lo que de verdad importa... **«aprender a ser felices desde hoy, y contribuir a la felicidad de los demás».**

Nando Parrado

Superviviente del accidente aéreo de los Andes.

Lo que de verdad importa... **«el amor y los afectos; lo demás desaparece en un segundo».**

Pablo Pineda

Primer licenciado con síndrome de Down y ganador de la Concha de Plata del Festival de Cine de San Sebastián.

Lo que de verdad importa... **«ser feliz siendo como eres, estar con los que te hacen feliz, y hacer felices a aquellos con los que estás».**

Paco Moreno

Abogado madrileño que tras un voluntariado en Etiopía decide dejarlo todo y poner su granito de arena para cambiar el mundo.

Lo que de verdad importa... **«valorar lo que tenemos y elegir nuestro camino para cambiar el mundo».**

Pau García-Milà

Joven emprendedor, fundador de eyeOS, empresa que compite con gigantes como Google o Microsoft.

Lo que de verdad importa... **«la perseverancia, el espíritu crítico y el sentido del humor. Y, sobre todo, el optimismo».**

Shane O'Doherty

Ex jefe de explosivos del IRA que, tras un sincero arrepentimiento, pidió perdón a todas sus víctimas.

Lo que de verdad importa... **«el arrepentimiento sincero, desde la conciencia, desde el corazón».**

Toni Nadal

Tío y entrenador del tenista Rafa Nadal.

Lo que de verdad importa... **«poner ilusión en lo que haces, darlo todo y estar contento con lo que te ha tocado vivir».**

William Rodríguez

Superviviente del atentado terrorista del 11-S y presidente de la Asociación de Víctimas Hispanas del Terrorismo.

Lo que de verdad importa... **«hacer lo que es moralmente correcto, aunque esté en juego tu propia vida».**